



# *La sexualidad: ¿invención histórica?*

*Ana Amuchástegui y  
Yuriria Rodríguez.*

## *Introducción*

¿Qué podría ser más natural que nuestra sexualidad? ¿Qué más que nuestros deseos, ardores, durezas y humedades? ¿No son evidencia de nuestra sexualidad animal los cambios biológicos que nuestro cuerpo vive simplemente al recordar al ser amado?

Estamos acostumbrados a pensar –y sentir- que nuestra sexualidad es el recordatorio de nuestra condición biológica. Anclada y expresada en el cuerpo, la experiencia sexual parece nacida de nuestras entrañas. Y sin embargo, bien dice Vance (1984) que el órgano sexual más importante de los seres humanos está entre las orejas, es decir, es el cerebro. ¿Qué pretende afirmar con semejante metáfora? Básicamente lo que este artículo pretende argumentar: que la sexualidad, aunque parte de las condiciones y posibilidades del cuerpo, es una invención histórica; que lo que hoy agrupamos bajo ese científico nombre –deseos, placeres, prácticas, relaciones, fantasías, etc.- no es un sistema biológico organizado de manera autónoma al sujeto. En breve, que el cuerpo y sus placeres se construyen y se expresan bajo condiciones sociales, históricas y culturales particulares.

El presente artículo pretende discutir algunos elementos conceptuales básicos para definir a la sexualidad como una construcción social e histórica, dado que este enfoque puede permitir el diseño e implementación de programas de educación sexual que privilegien la información científica y laica, y que promuevan el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos desde una perspectiva de ciudadanía, respeto a la diversidad, libertad y responsabilidad.



## ***1. Algunos antecedentes de la discusión actual.***

Lo sexual ha sido no sólo un tema de debate en muchos momentos de la historia, sino también objeto de regulaciones, vocaciones éticas e incluso políticas públicas. De hecho, Weeks (1998a) afirma que lo sexual ha sido depositario de infinidad de ansiedades sociales en diferentes sociedades y épocas<sup>1</sup>. Por eso, ‘tenemos que saber lo que ha sido y lo que es, antes de poder decidir racionalmente lo que debería o podría ser (Weeks, 1998c:16). De ahí que sea necesario conocer cuáles son los argumentos que se han delineado históricamente en el discurso social sobre lo sexual y su derivación en lo que hoy llamamos sexualidad.

El término “sexo” en las culturas occidentales puede hacer referencia a cuestiones tan diferentes como una relación amorosa, un ‘tipo’ de persona, una práctica erótica o un género. Sin embargo, esto no siempre fue así. En el siglo XVI, el término “sexo” definía la división de la humanidad en dos sectores, el masculino y el femenino. Fue hasta principios del siglo XIX que el mismo término empezó a ser usado para referirse a las relaciones físicas entre los sexos –“tener relaciones sexuales” (Laqueur, 1990).

Hoy prevalece la creencia de que el “sexo” es una fuerza natural irresistible, un impulso biológico focalizado en los genitales, que surge intempestivamente y que “arrasa con todo lo que tiene enfrente (por lo menos si eres hombre)...” (Freud, 1905) En el fondo de este supuesto reinado de los genitales, estaría la necesidad de la especie de reproducirse, de modo que la sexualidad natural correspondería únicamente al coito genital heterosexual. Ni hablar entonces de otras manifestaciones de lo sexual, las cuales han sido ya descalificadas como ‘perversas’<sup>2</sup>. De este modo, la naturalización de la heterosexualidad y del modelo ‘volcánico’ de la sexualidad, ha proporcionado un marco de justificación ideológica para la desigualdad de género, la discriminación sexual y la violencia.

En la historia de occidente, podemos ver que lo relativo al sexo, a los cuerpos y a los

---

<sup>1</sup> Tal es el caso, por ejemplo, de la preocupación surgida de la propagación de la sífilis en la Inglaterra victoriana o de la era Reagan y la aparición del VIH/Sida (Weeks, 1998<sup>a</sup>)

<sup>2</sup> Freud (1905/1983) utilizó esta expresión para referirse a todas aquellas actividades eróticas ‘previas’ al coito vaginal, con lo cual cuestionó el uso peyorativo de la expresión y la convirtió en mera clasificación de prácticas sexuales. Finalmente hombre de su tiempo, Freud consideró la preferencia exclusiva por el coito heterosexual –aunque inestable y siempre amenazada por lo reprimido- como indicio del triunfo de la cultura sobre la naturaleza.



---

comportamientos sexuales ha sido un tema fundamental en el pensamiento social. Pero, como señala Weeks, en “los últimos 100 años, la sexualidad también se ha convertido en la preocupación creciente de especialistas médicos, profesionales de otros campos, o reforzadores sociales” (Weeks, 1998b:178). En contraste con las civilizaciones orientales, donde se ha cultivado esmeradamente un *ars erótica*, occidente ha producido una ciencia especializada en el sexo, una *scientia sexualis* (Foucault, 1976), la sexología, misma que ha ejercido una gran influencia en la definición y la demarcación de los límites y características de la sexualidad humana.

Desde la primera definición del sexólogo pionero Krafft-Ebbing, quien señalaba que la sexualidad es un “instinto natural”, la disciplina sexológica ha sido utilizada para fortalecer una visión esencialista de la sexualidad. En su definición, Krafft-Ebbing proponía que el sexo “demanda cumplimiento con toda la fuerza y el poder de un conquistador” (Weeks, 1998:178). Más tarde, Havelock Ellis señalaba que “un hombre es lo que su sexo es” proponiéndolo como un aspecto crucial determinante de las identidades sexuales y genéricas (Weeks, 1998: 179).

Pero ¿cuáles son los principales argumentos del discurso esencialista de la sexualidad?

Como ya dijimos, fiel a la tradición evolucionista y haciendo caso omiso del hecho de que la humanidad es la única especie que ha escrito su propia historia e inclusive transformado los cuerpos, la visión esencialista considera que la sexualidad tiene una única función: la reproducción, y que por tanto, la heterosexualidad procreativa es la expresión directa de tal proceso natural.

En segundo lugar, el discurso esencialista arguye que la sexualidad define la identidad genérica de la persona. El sentirse, comportarse y pensarse como hombre o como mujer también sería ‘natural’ y estaría basado en la genitalidad. Entonces, si la sexualidad reproductiva es lo natural, los hombres por naturaleza desean a las mujeres y las mujeres a los hombres. El discurso esencialista produce el efecto de que a través de la sexualidad “nos vivimos como gente verdadera: nos da nuestra identidad, nuestro sentido del yo, como hombres y mujeres, como heterosexuales y homosexuales...” (Weeks, 1998: 179).



---

Si antes del siglo XVIII lo natural era entendido como expresión de la obra de Dios, las ciencias humanas nacidas en el siglo XIX -en particular la psicología, la sexología y la psiquiatría- heredaron esta concepción traduciéndola a los criterios de normalidad y anormalidad. Así, en las sociedades modernas el desarrollo del estudio científico del comportamiento sexual, con la visión esencialista, “ha tenido un claro efecto en términos de las cuestiones políticas, ya que han servido como base para la clasificación, estigmatización y segregación de los individuos...” (Amuchástegui, 2000: 27)

## ***2. Delimitación conceptual del tema.***

De acuerdo con lo anterior, podemos ver que hoy en día lo que entendemos por sexualidad es en realidad un campo en disputa en el cual participan del debate fundamental las visiones esencialistas y las construccionistas o históricas. Como ya dijimos, la primera sugiere que el deseo y la práctica determinan la identidad y expresan la esencia individual nacida de una supuesta disposición biológica.

Sin embargo, también existen las posturas esencialistas culturales desde las que se afirma que, por el simple hecho de ser hombre o mujer, hay una sexualidad masculina y una femenina. El esencialismo cultural puede ser identificado en las propuestas que defienden la presencia de una esencia femenina o masculina derivada de la cultura en que los individuos crecen y aprenden a ser hombre o mujer. Así, proponen que las personas aprenden los comportamientos, deseos y sentimientos supuestamente apropiados para su sexo, de acuerdo con los patrones culturales, determinando así una identidad diferenciada según el significado de la diferencia sexual existente en su contexto cultural. Si aceptamos lo anterior, tendríamos que aceptar que hay sólo una sexualidad masculina y una femenina, cosa que la realidad social impugna y rebasa, demostrando la diversidad sexual existente en los sujetos, independientemente de su sexo.<sup>3</sup>

Al considerar lo anterior, se nos presenta la pregunta sobre qué diferencias existen entre los cuerpos de un hombre y una mujer, y de qué manera influyen en la experiencia

---

<sup>3</sup> Una muestra del esencialismo cultural se puede ver en Margart Mead, *Macho y Hembra*, Caracas: Tiempo Nuevo, 1972; o en Linton, *El estudio del hombre*, México: FCE, 1956.



---

del placer. Siguiendo a Weeks (1992), no podemos negar que los cuerpos sexuados como conjunto de órganos, necesidades, impulsos, posibilidades y límites biológicos existen y son distintos<sup>4</sup> pero, contradictoriamente, tampoco podemos negar la diversidad del deseo sexual, del placer erótico, de los comportamientos y de las identidades. La relación entre estos dos niveles son los significados que las culturas particulares otorgan a los cuerpos diferenciados y los procesos sociales que participan de tal construcción de significados. Por ejemplo, en la cultura occidental el género está definido como una dualidad absoluta entre ‘el hombre’ y ‘la mujer’ que incluiría necesariamente un ‘tipo’ de sexualidad para cada uno y por tanto un tipo de sujeción.

Cabe señalar que lo que hemos llamado visión esencialista no es monolítica ni está representada por un único grupo o sector de la sociedad (aunque la Iglesia Católica casi se gana el puesto). Más bien corresponde a un proceso histórico de construcción de significados, jerarquías, poderes, relaciones, etc., que cristalizó en estos contenidos dominantes que circulan por todo el tejido social, permeando instituciones, símbolos, identidades y normas (Scott, 1996). Diversos actores sociales han participado en este proceso inclusive con estrategias de resistencia y debate.

En el presente siglo, algunos desarrollos científicos han logrado cuestionar el esencialismo con planteamientos ciertamente radicales. Weeks afirma que son cuatro las fuentes fundamentales de este cuestionamiento:

- a) Los estudios de la *antropología social* han documentado la enorme variación en conductas, significados, identidades y culturas sexuales a lo largo de todo el mundo. Desde los estudios clásicos de sexualidad de Malinowski (1929), Mead (1935) y Devereux (1937), en las primeras décadas del siglo XX, hasta los estudios antropológicos feministas de las décadas recientes como los publicados en las antologías y publicaciones compiladas por Rosaldo y Lamphere (1974), Rayna R. Reiter (1975), Olivia Harris y Kate Young (1979).

---

<sup>4</sup> Aunque Lamas (1996) afirma que la diferencia sexual en realidad es un *continuum* biológico y no una dicotomía absoluta, tomaremos por ahora la diferencia sexual anatómica como referente para la discusión.



- 
- b) *Freud* (1905) cuestionó frontalmente las versiones esencialistas de la sexualidad al afirmar que el impulso sexual no tiene más objeto que la satisfacción y que nacemos con una bisexualidad originaria. De esta manera, el impulso sexual de un cuerpo femenino no tiene por destino un cuerpo masculino, ni viceversa. Freud argumenta que al nacer con un impulso sexual indiferenciado, el niño y la niña son ‘perversos polimorfos’ en el sentido de que viven el placer sexual a partir de una infinidad de actividades, las cuales no siempre tienen que ver con la genitalidad y mucho menos con un objeto fijo de deseo.
- c) *La nueva historia social* fundada por Foucault y desarrollada por Weeks, Laqueur y los historiadores de las mentalidades y de la vida privada (Foucault, 1976; Laqueur, 1990; Weeks, 1985) ha demostrado que la sexualidad, la homosexualidad e inclusive el cuerpo son construcciones culturales históricamente específicas.

En realidad, se trata más bien de la producción misma de la sexualidad, a la que no hay que concebir como una especie dada de naturaleza que el poder intentaría reducir, o como un dominio oscuro que el saber intentaría, poco a poco, descubrir. Es el nombre que se puede dar a un dispositivo histórico: no una realidad por debajo en la que se ejercerían difíciles apresamientos, sino una gran red superficial donde la estimulación de los cuerpos, la intensificación de los placeres, la incitación al discurso, la formación de conocimientos el refuerzo de los controles y las resistencias se encadenan unos con otros según grandes estrategias de saber y de poder... (Foucault, 1976: 129)

Es decir que, para este historiador, al contrario de lo que se piensa actualmente, lo sexual no ha sido reprimido, sino más bien incitado, mencionado, sugerido, en un intento por nombrarlo y así facilitar su control y regulación. Para Foucault, la sexualidad no es entonces más que un dispositivo de poder construido históricamente con el fin de localizar el control de los sujetos dentro de ellos mismos y no en el poder soberano, lo cual es característico de la conformación del sujeto moderno. En ese sentido, lo que se llama hoy ‘sexualidad’ no es más que una



posibilidad entre muchas, y los sujetos hetero u homosexuales – como personas con características esenciales - son apenas una invención del siglo pasado, aunque las prácticas y deseos no lo sean. A esta idea contribuyen estudios históricos que demuestran que las prácticas homosexuales han existido siempre, en todas las culturas y en todas las épocas, pero que el significado atribuido a ellas ha sido muy diferente (Foucault, 1984; Katz, 1995; Weeks, 1985). Por eso la homosexualidad no siempre ha sido considerada como un pecado o delito.

Apoyando la hipótesis de la sexualidad como una invención histórica, Laqueur (1990) por su parte ha demostrado que las concepciones médicas sobre el cuerpo femenino en el siglo XVIII, consideraban al clítoris como un pene atrofiado, por lo que el modelo médico que se tenía para darle significado al cuerpo era básicamente masculino. Según sus estudios, desde los griegos se concebía que las mujeres tenían un organismo masculino atrofiado e inferior. Fue hasta el siglo XVIII cuando se construyó una diferencia radical sobre todo en cuestiones de aparatos reproductores y sexuales, cuando los

... órganos que habían compartido nombre (como ovarios y testículos) no se distinguían a nivel lingüístico. Se dio nombre a los órganos que no disfrutaban de nombre propio, como, por ejemplo, la vagina. Las estructuras que se habían considerado comunes a hombre y mujer –esqueleto y sistema nervioso- fueron diferenciadas de forma que se correspondieran al hombre y la mujer culturales... Los cuerpos de las mujeres, en su concreción corporal, científicamente accesible, en la misma naturaleza de sus huesos, nervios y, lo que es más importante, órganos reproductores, hubieron de soportar una nueva y pesada carga de significado. En otras palabras, se inventaron los dos sexos como nuevo fundamento para el género. (Laqueur, 1990: 258-259)

- d) Como lo afirma la máxima “lo personal es político”, el feminismo y los movimientos homosexuales han forzado a las sociedades a pensar a la sexualidad no sólo como



---

una expresión del placer y la vida, sino también como una relación de poder. Esta concepción de la relación entre la intimidad y el poder ha permitido, como Vance señala que “el feminismo haya conseguido hacer públicas actividades que antes eran inmencionables, como la violación y el incesto” (Vance, 1989: 18), o que los movimientos gays afirmen su derecho a la diferencia. Es decir, la visibilidad política que estos movimientos han logrado surge de la convicción de que en la propia cama, en el propio deseo, en la propia identidad, estamos marcados y labrados por un sistema social y una estructura sociocultural de la que la desigualdad forma parte. Siguiendo a Rubin (1984), podemos afirmar que la sexualidad tiene su propia política interna, sus desigualdades y sus particulares formas de opresión. Al igual que otros aspectos de la conducta humana, las formas institucionales de la sexualidad en cualquier momento y lugar dados son productos de la actividad humana por lo que están impregnadas de los conflictos de interés y de los movimientos políticos (Vance, 1989).

Si hacemos caso de todo lo anterior, en realidad la sexualidad es la parte más culturizada de los humanos en el sentido de que el cuerpo por sí mismo, como organismo biológico y fisiológico, no significa nada. Es la cultura la que le otorga significado y a partir de él organiza estructuras sociales como por ejemplo la del género. Como podemos constatar, no queda nada de naturaleza en esa definición. Para Foucault y el construccionismo, la sexualidad como naturaleza no existe. Más bien es una invención histórica. Los diversos placeres, las prácticas y las fantasías han existido siempre, así como los cuerpos y sus posibilidades, pero no poseen significados intrínsecos, y su agrupación bajo el concepto de “sexualidad”, como si fuera un sistema biológico análogo al sistema digestivo o respiratorio, es una invención histórica de la burguesía europea en los siglos XVIII y XIX.

Por ello, la sexualidad tiene historia. Por ejemplo, los impulsos mismos han sido incitados en diferentes momentos del desarrollo del capitalismo, para permitir un mayor manejo y control de los sujetos. Para Foucault, la relación entre impulso y cultura



---

durante los siglos XVIII y XIX en Europa no ha sido ni remotamente una relación de represión, sino más bien una relación positiva en tanto crea identidades, favorece sentires y genera posibilidades de placer. Nunca antes se había incitado tanto al discurso sobre lo sexual como en los últimos siglos, nunca antes el secreto a voces del placer fue tan estridente. La 'puesta en discurso' del sexo permitió precisamente el nacimiento de saberes especializados que colaboraron en el diseño de dispositivos de vigilancia y autovigilancia antes desconocidos. Se incita al discurso para saber y poder entonces regular, normar, clasificar.

La idea de que la sexualidad es la esencia del individuo ha sido, según Foucault, un dispositivo de poder que permitió a las sociedades modernas la regulación de los sujetos por dos vías: por un lado, la de los cuerpos individuales a través de la vigilancia que cada quien hace de su deseo, de su placer, de sus prácticas y de la sujeción a una cierta identidad, y por otro, la regulación de las poblaciones a través de la lucha por el control (o promoción) de la natalidad. Desde esa idea, se requiere que los sujetos sean conscientes y construyan permanentemente una identidad sexual y se vigilen a sí mismos para que a su vez participen en un cierto diseño poblacional que conviene a los estados. En ese sentido, dice Foucault (1976) la sexualidad se inventó para la administración de la vida.

Este proceso histórico fue posible en un primer momento gracias a la difusión e imposición de la confesión católica, y sus fundamentos religiosos y morales. Después, gracias al desarrollo de la ciencia, es decir, la sustitución de la confesión católica por el diván psicoanalítico o por la consulta sexológica, psiquiátrica o médica. Al cuestionar el origen divino de todo fenómeno, el movimiento de la Ilustración y el positivismo científico defendieron el racionalismo, de modo que en cuanto al sexo, el esencialismo y la idea de que la sexualidad determina al ser, pasó de ser una concepción religiosa a ser una verdad científica.

Es decir, con la secularización de la vida social en Occidente, en lugar - o además de - consultar al sacerdote, las personas de ciertas clases y grupos sociales se acercaron a psicoanalistas, sexólogos o psiquiatras. Si la religión construía pecados, la ciencia construyó tipos de sujetos; primero anormales, y después, como contraparte, normales.



---

Por ejemplo, la sexología – aunque seguramente con buena intención – acuñó el término ‘homosexual’ ya no para designar prácticas que habían existido desde siempre, sino para nombrar un ‘tipo diferente’ de persona, una esencia ‘distinta’. ¿De qué o de quién? De aquello que no se había nombrado por su invisibilidad y dominio: lo y ‘el’ o ‘la’ heterosexual. Es decir, la normalidad construida por la sexología fue tardía en relación a la supuesta anormalidad, debido a que, en general en todo proceso social, no es necesario nombrar la norma. Así, el esfuerzo científico por definir más exactamente los tipos y formas de la identidad y el comportamiento sexual, fue lo que “convirtió a la homosexualidad y a la heterosexualidad en términos opuestos”. (Foucault, 1976)

De modo que el sujeto homosexual – mas no las prácticas ni los deseos homosexuales - es una invención sumamente reciente y marca el nacimiento de las identidades sexuales de la era moderna. Como afirma Weeks, ‘la sodomía era vista como una aberración eventual; el homosexual, en cambio, como miembro de una especie.’ (Weeks, 1994: 204)

Con el surgimiento y apropiación paulatina de las identidades sexuales surgió una contradicción importante: si bien las identidades han permitido que los sujetos que viven prácticas no heterosexuales construyeran un sentido de comunidad – sumamente importante en el trabajo sobre VIH/Sida - también los obligan a fijar el deseo, la práctica y los significados que se les atribuyen. Es decir, no es que haya una conexión esencial o intrínseca entre deseos y conductas sexuales, por un lado, e identidades por otro, sino que es precisamente la invención de éstas últimas lo que marcó la construcción de sujetos fijados a cierto deseo en particular.

Por ello, toda la fluidez del deseo demostrada por Freud y el psicoanálisis, y la dimensión histórica que Foucault reclama, se arriesgan en la conformación del sujeto como ‘fijado’ a un deseo en particular. Es decir que la identidad sexual como concepto definitorio del sujeto afirma una supuesta universalidad del cuerpo humano; una universalidad de la sexualidad y de su experiencia.



### **3. Alcances e implicaciones del concepto.**

Como alcances e implicaciones radicales de este concepto de sexualidad podemos identificar básicamente cuatro:

- a) No podemos seguir conceptualizando a la sexualidad como naturaleza. Como hemos visto, la sexualidad es una construcción histórica, aunque los deseos, fantasías, prácticas y relaciones que hoy llamamos heterosexuales u homosexuales siempre hayan existido. “La tesis central es más sutil: la forma en que la actividad sexual es conceptualizada y, en consecuencia, dividida, tiene una historia, y es una historia importante.” (Weeks, 1994: 205) Desde una posición radical, podemos pensar que tal vez en algún momento de la historia de la humanidad, la sexualidad como hoy la conocemos puede dejar de existir. No dejarán de existir el deseo, los impulsos, las fantasías, los cuerpos, pero sí la sexualidad como un sistema autónomo, como una cosa-en-sí-misma (Caplan, 1987).
  
- b) Es necesario considerar las consecuencias que derivan de la idea de que la sexualidad no existe, y de que lo que existe son cuerpos y sus posibilidades. Entonces, esta propuesta de concebir a la sexualidad como un producto construido socialmente y de confirmar que los cuerpos tienen límites y posibilidades genera la reflexión sobre qué ha sido nuestra sexualidad, individual y socialmente, y de qué manera queremos y podemos conformarla en experiencias, resultados, preferencias y deseos. Esto puede tener alcances importantes para la convivencia humana en tanto se discuta y se reflexione a partir de qué lineamientos valorar, resignificar y vivir nuestros cuerpos y los de las otras personas. Parafraseando a Weeks (1998), si los significados que otorgamos al cuerpo y al sexo están organizados y sustentados socialmente en una serie de discursos que luchan por señalarnos qué es el sexo desde fuera de nosotros mismos, es necesario discernir nuestro propio deseo. Ello implica la construcción de una ética cultural y una cultura política que privilegie el



---

respeto, la diversidad y la responsabilidad como valores centrales. Como enfatiza el mismo Weeks, “el construccionismo social plantea... ¿por qué nuestra cultura asigna tal importancia a la sexualidad, y cómo se originó tal importancia?” (Weeks, 1998: 186) Se trataría, pues, de descentrar la sexualidad de la identidad y, aunque suene paradójico para quienes trabajan en educación sexual, restarle importancia al admitir que el deseo es más un proceso fluido que una esencia determinante.

- c) La noción de que los cuerpos no poseen significados intrínsecos, sino que se les otorgan significados socialmente se opone totalmente a las concepciones rígidas sobre lo que conforma a lo masculino y lo femenino, y por ende, al predominio de la heterosexualidad reproductiva como parámetro de la normalidad sexual. Hay que asumir que también el cuerpo, aunque se considera como lo más natural del ser humano, tiene también su historia. El cuerpo es siempre cuerpo significado, de modo que la forma en que se le vive y siente tiene el sello de determinada época y sociedad; es resultado de una compleja de construcción de significados y relaciones de poder. Es importante, entonces, promover una reflexión sobre qué significan en nuestra cultura los cuerpos y a qué lógicas de poder obedecen nuestras experiencias corporales.
- d) En este sentido, los significados atribuidos a los cuerpos y sus placeres obedecen a estrategias de poder múltiples y locales, que se articulan a su vez con otras más globales. La sexualidad no es un dominio unificado sino que está conformada como una relación de poder, “el cual opera a través de mecanismos complejos y superpuestos –y frecuentemente contradictorios- que generación dominación y oposiciones, subordinación y resistencias.” (Weeks, 1998: 191) Nos queda entonces la tarea de conocer las estrategias locales y globales cuya articulación está generando la construcción social de la sexualidad que domina actualmente.



---

Las cuatro implicaciones que hemos enumerado hasta aquí traen consecuencias importantes que vale la pena mencionar. Si se aborda la educación sexual desde una concepción libertaria – en el sentido de ‘liberar’ los impulsos -, se está en el riesgo de construir un nuevo mandato, que en este caso consideraría la cantidad y diversidad de las parejas y actividades sexuales como una especie de índice de la autonomía y libertad de las personas. Esta estrategia refuerza la concepción esencialista de la sexualidad en el sentido de que es fiel consecuencia de la ‘hipótesis represiva’ (Foucault, 1976). Es decir, implica la noción de que los impulsos sexuales, supuestamente ‘naturales’, requieren satisfacción inmediata. Supone también la idea de que la cultura los ha reprimido debido a que representan una amenaza para la convivencia social y que su ‘liberación’ es imprescindible para la emancipación real del individuo.<sup>5</sup>

Por lo anterior, podemos decir que las consecuencias radicales del pensamiento de Foucault son importantes y nos llevan a reconocer que el problema de la sexualidad no está reducido a los dormitorios; más bien tiene que ver con el poder y como tal con las estructuras de desigualdad de las culturas, como la raza, la clase y el género. Lo sexual, por lo tanto, está en la base de la lucha por que los derechos de las mujeres sean definidos como derechos humanos y con la del movimiento lésbico-gay.

#### ***4. Recomendaciones para su aplicación en la educación sexual.***

Hasta aquí hemos ofrecido una serie de nociones que pueden servir como punto de partida para discutir, como educadores sexuales, qué entendemos por sexualidad. ¿Se trata del coito heterosexual, o del erotismo, o del modo en que las personas se definen a sí mismas? ¿Tiene que ver con el placer? ¿cuál placer, todos? Cuando nos detenemos a tratar de definirla se nos escurre como agua entre los dedos, lo cual facilita la comprensión experiencial del carácter artificial e histórico de ‘la’ sexualidad. En ese concepto hemos encerrado en un mismo plano una cantidad de aspectos humanos como los deseos, el placer, el erotismo, las prácticas sexuales, las fantasías, las identidades, las orientaciones

---

<sup>5</sup> Ver a Marcuse, Herbert, (1965), *Eros y civilización*, México: Mortiz; Wilhelm Reich, (1972), *La lucha sexual de los jóvenes*. México: Roca, 1992.



---

y las preferencias, así como al cuerpo con todos sus órganos, necesidades, impulsos, posibilidades y fronteras biológicas.

Más aún, esperamos que estas ideas sirvan para iniciar debates sobre las diferentes formas en que el concepto de sexualidad ha venido limitando y empobreciendo los medios y las opciones de la experiencia y la convivencia social de modo que la educación sexual se enriquezca de la reflexión política sobre el tema: no hay relación erótica o sexual que suceda fuera de un campo de poder y de estructuras de desigualdad que determinan los modos en que vivimos nuestros cuerpos, deseos y actividades.

En ese sentido, en el trabajo de educación sexual se debe asumir, de entrada, que la definición que hagamos de la sexualidad, tiene implicaciones éticas y políticas, ya que si la concebimos como una construcción histórica, entonces tendremos que saber cómo está construida en los diferentes grupos sociales, cuáles son los elementos y discursos que la configuran, y cuáles los sistemas morales que buscan la regulación de los individuos a través del control de sus comportamientos sexuales, sus deseos, sus fantasías y su sentir. Es decir, siguiendo a Foucault, tenemos la tarea de conocer, analizar y discutir, “la formación de los saberes que a ella – la ‘sexualidad’ - se refieren, los sistemas de poder que regulan su práctica y las formas según las cuales los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos de esa sexualidad.” (Foucault, 1984: 8)

Una recomendación fundamental para quienes están dedicados a la tarea de la educación sexual es que conozcan y discutan el conocimiento producido por las investigaciones realizadas desde las ciencias sociales con perspectiva construccionista, las cuales con frecuencia toman en cuenta los contextos sociales y culturales. Las vías para acceder a este tipo de saberes son variadas y pueden ir desde la lectura de artículos académicos y periodísticos, hasta la asistencia a conferencias y talleres con especialistas dedicados a esta tarea (Pick, Givaudan y Saldivar, 1996; Szasz y Liguori, 1996; Szasz y Lerner, 1996; Szasz y Lerner, 1998).

De igual manera, cabe la recomendación de leer y analizar otro tipo de saberes de la sexualidad, producido desde otras perspectivas –como por ejemplo, la información periodística, los documentos publicados por organizaciones religiosas, etc.- de manera que



---

podamos ir identificando los elementos en que se fundamentan, los sistemas de poder que refuerzan, critican, y/o rechazan, y las formas que proponen para que los individuos vivan su sexualidad, y se sientan sujetos de dicha sexualidad. Desde la perspectiva construccionista, podemos identificar algunas preguntas básicas para una lectura crítica de cualquier propuesta que pretenda conceptualizar la sexualidad: a) ¿cuáles son los discursos que la conforman y de dónde vienen? Por ejemplo, discursos de la iglesia, de la ciencia médica, de la ciencia jurídica, del estado, etc. b) ¿cuáles son las relaciones de poder en donde se busca regular las prácticas sexuales, en la propuesta que estamos analizando? Y en ese sentido, ¿cuáles son las desigualdades sociales que se refuerzan, se cuestionan, o se transgreden con esa propuesta? c) ¿qué prácticas, comportamientos, sentires, y pensamientos se promueven con esa propuesta, cuáles no se reconocen, y cuáles se rechazan con descalificación implícita o explícita?

Una lectura basada en esas y otras preguntas, nos lleva también a cuestionar y discutir los valores morales con los que se halla regulada socialmente, y nos invita a rechazar la intolerancia y la prepotencia de imponer valores y conductas sexuales a las personas en general, y a quienes la sociedad considera como no aptos para definir sus propios valores y decisiones, como son los niños y las niñas, los y las adolescentes y jóvenes, los ancianos y ancianas, las y los discapacitados mentales y físicos, y todos los grupos socialmente marginados y estigmatizados.

Por otra parte, trabajar la educación sexual desde la perspectiva construccionista obliga a aclarar el sistema ético y los valores morales que se pretenden cuestionar, y los que se busca fomentar, con las actividades educativas planeadas. Ello implica conocer y asumir el sistema ético en el que basamos nuestras acciones, así como reconocer nuestras posturas políticas en el entendido de que la sexualidad actual es una forma de relación de poder. Podría ser útil que los educadores sexuales trabajen grupalmente en torno a lo que llaman 'sexualidad' y a los contextos en los cuales la han vivido, con el fin de reconocer su inserción en una realidad económica y sociocultural particular. Reflexionar sobre la relación entre la propia biografía y la historia colectiva permitirá también comprender la experiencia de otros.



---

Asimismo, sería importante que los educadores se empapen de las culturas en las que trabajan para poder reconocer y honrar la diversidad que caracteriza a este país, en lugar de pretender imponer una noción moderna de sexualidad que nada tiene que ver con las realidades de las personas con las que trabajan. Por ejemplo, tratar de que una mujer indígena monolingüe luche por alcanzar orgasmos es una tarea completamente ajena a las prioridades y necesidades de esa persona, o pretender que los jóvenes pobres utilicen el condón en cada coito, sin analizar las posibilidades reales de que tengan acceso a él.<sup>6</sup> La problemática del ejercicio del placer debe siempre estar ligada con las condiciones materiales y culturales de los sujetos. Tendríamos que estar dispuestos a revisar e inclusive a renunciar a nuestro ‘ideal’ respecto a la sexualidad, para fomentar y sostener espacios de reflexión e información en las cuales sean los participantes quienes decidan sobre sus propios cuerpos, deseos y prácticas.

Si, por ejemplo, lo que deseamos fomentar es la tolerancia, el respeto a la diversidad, la equidad, la autonomía de las personas, entonces tendremos que generar las estrategias educativas a partir de las cuales busquemos influir para desarticular las desigualdades existentes, reformular nuevas maneras de convivencia y re-crear, en el sentido de volver a crear, relaciones diferentes. A partir de lo anterior, también pensamos que es muy recomendable definir lo más claramente posible los lineamientos éticos a partir de los cuáles se plantea, se desarrolla y se evalúa un taller o programa, o cualquier actividad de educación sexual.

La perspectiva construccionista de la sexualidad nos lleva a dar un paso más allá de la simple información: nos presenta a los educadores como un sujeto más que forma parte de dicha construcción. De ahí que podamos hacer otras dos recomendaciones totalmente relacionadas, una a nivel personal y otra a nivel del trabajo profesional en educación sexual. La primera sería el poder hacer una revisión permanente, reflexiva, sensata y comprensiva de la propia vida sexual. Ello brindaría elementos para saber

---

<sup>6</sup> Paiva (1996) considera que es importante que los jóvenes analicen las razones por las cuales NO utilizan el condón (precio, inaccesibilidad y mala calidad de servicios de salud, consideraciones culturales de género, etc.) para que entonces el cuidado de sí se enmarque en la lucha por lograr condiciones sociales donde eso sea posible (empleo remunerado y seguro, servicios gratuitos de calidad, cultura por la equidad de género, etc.)



mejor cómo participamos como sujetos de la sexualidad en la actualidad. La segunda, sería el generar estrategias educativas que den a nuestros educandos herramientas para asumirse como sujetos de una sexualidad socialmente construida, y para reflexionar, debatir y elegir las maneras y caminos por los cuáles puedan llevar su vida sexual.

Entonces, los ejercicios, las acciones, las actividades planeadas y desarrolladas como parte de la educación sexual tendrían que incluir como uno de sus objetivos, el empoderar a los sujetos, contribuyendo a que visibilicen su sujeción a los cánones sociales de la sexualidad, y promoviendo la posibilidad de que lo discutan, lo analicen, lo incorporen, y ejerzan su autonomía haciendo elecciones sobre lo que quieren y pueden hacer con su experiencia sexual. Tal vez ser testigos de que esto último ocurra sea algo casi imposible pues los deseos y los comportamientos no pueden ser explicados, determinados, ni interpretados a partir de una única vía. Sin embargo, tendríamos que asumir la certeza de que la educación sexual es una herramienta para impulsar y fomentar nuevas maneras de seguir construyendo históricamente nuestra vida sexual.



---

## ***Bibliografía***

- Amuchástegui, Ana. (2001), *Virginidad e iniciación sexual en México. Experiencias y significados*. México: EDAMEX-Population Council.
- Caplan, Pat (1987), “Introduction”, en Caplan, Pat (ed.) *The cultural construction of sexuality*, Londres/Nueva York: Routledge.
- Devereux, G. “Institutionalized Homosexuality of the Mohave Indians”, en *Human Biology*, No.9, 1937.
- Foucault, Michel, (1976), *Historia de la Sexualidad, Vol. I. La voluntad de saber*. México: FCE, 1987, 15<sup>a</sup>.ed.
- (1984), *Historia de la Sexualidad, Vol. II. El uso de los placeres*. México: FCE, 1993, 6<sup>a</sup>.ed.
- (1984), *Historia de la Sexualidad, Vol. III. El trabajo de sí*. México: FCE, 1993, 5<sup>a</sup>. ed.
- Freud, Sigmund, (1905), *Tres ensayos sobre teoría sexual*. México: Alianza Editorial, 1983, 7<sup>a</sup>. ed.
- Harris O. & Young K. (1979), *Antropología y Feminismo*, Barcelona: Anagrama.
- Katz, Jonathan (1995) *The invention of heterosexuality*, USA: Dutton.
- Lamas, Marta (1996) “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría ‘género’”, en Lamas, Marta (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México: PUEG/UNAM.
- Laqueur, Thomas, (1990), *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. España: Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia-Instituto de la Mujer, 1994, 3<sup>a</sup>. ed.
- Malinowski, Bronislaw, (1929), *The sexual life of savages*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Mead, Margaret, (1935), “Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas” Buenos Aires: Paidós, 1990.



- Pick, S., Givaudan, M., & Saldívar, A., (1996), “La importancia de los factores psicosociales en la educación sexual de los adolescentes”, en *Perinatología y Reproducción Humana*, Vol. 10, No. 2; Abril-Junio, 1996, pp.143-150.
- Rayna R. Reiter (1975), *Towards an Anthropology of Women*, New York: Monthly Review Press.
- Rosaldo, & Lamphere, (1974), *Women, Culture and Society*, California: Stanford University Press.
- Rubin, Gayle, “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, en Carole Vance, (comp.) (1984), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Talasa, 1989, pp. 113-190.
- Scott, Joan (1996) “Género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Lamas, Marta (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG/UNAM, México, pp. 35-96.
- Sherry B. Ortner & Harriet Whitehead (comps.), “Indagaciones acerca de los significados sexuales”, en Marta Lamas, (1996), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Miguel A. Porrúa-PUEG, pp. 127-180.
- Szasz, I. & Lerner, S., (comps.), (1996), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. El Colegio de México.
- Szasz, I. & Lerner, S., (comps.) (1998), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. El Colegio de México.
- Szasz, I. & Liguori, A.L., (1996), “La investigación sobre sexualidad en México”, en *Perinatología y Reproducción Humana*, Vol. 10, No. 2; Abril-Junio, 1996, pp. 89-99.
- Vance, Carole, (1984), “Placer y peligro: hacia una política de la sexualidad”, en Carole Vance, (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Talasa, 1989, pp. 9-49.
- Weeks, Jeffrey (1985), *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*. Madrid: Talasa, 1993.



---

(1992), “The body and sexuality”, en Robert Bocoock and Kenneth Thompson (1992), *Social and cultural forms of modernity*. United Kindom: Polity Press-The Open University, 1992, pp. 220-256.

(1998a), “Los valores sexuales en los tiempos del SIDA”, en Szasz, Ivonne y Lerner, Susana (comps.) *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, El Colegio de México, México, pp. 223-248.

(1998b) “La construcción cultural de las sexualidades. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de cuerpo y sexualidad?”, en Szasz, Ivonne y Lerner, Susana (comps.) *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: El Colegio de México, pp. 199-221.

(1998c), *Sexualidad*, México: Paidós/PUEG-UNAM.